



Acuarela de William Hole

En aquel tiempo la gente iba en busca de Jesús, Él los acogió y comenzó a hablarles del reino de los cielos y a curar a los que lo necesitaban. Ya empezaba a caer la tarde cuando los Doce se le acercaron y le dijeron: “Despide a la multitud para que vayan a los pueblos y a los campos de los alrededores a pasar la noche y a buscar alimento, porque aquí estamos en un lugar despoblado”. Él les dijo: “Denles ustedes de comer”. Y ellos contestaron: pero no tenemos más que cinco panes y dos pescados; a no ser que fuéramos a comprar comida para todo ese gentío”. Porque había como cinco mil hombres.

Entonces les dijo Jesús a sus discípulos: “Hagan que se sienten en grupos de unas cincuenta personas”. Así lo hicieron y se sentaron todos. Jesús tomó los panes y los dos pescados, alzó la mirada al cielo, los bendijo, los partió y empezó a dárselos a los discípulos, para que ellos los repartieran a la multitud. Y todos comieron y quedaron satisfechos. Después recogieron lo que sobró: doce canastos llenos (Lucas 9, 11b-17).

La fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, que comenzó a celebrarse en la ciudad belga de Lieja en el año 1246, fue extendida en el 1264 a toda la Iglesia Católica por el papa Urbano IV para proclamar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y contrarrestar así el error de quienes, en aquella época -como también ocurre hoy-, la negaban y decían que el pan y el vino consagrados eran simplemente un símbolo conmemorativo de la última cena del Señor con sus discípulos. Esta fiesta constituye para nosotros una oportunidad de reflexionar sobre el sentido de nuestra fe en la Eucaristía.

1. La Eucaristía es sacrificio y sacramento

La Eucaristía es el memorial que no sólo recuerda, sino actualiza el misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, nuestro Redentor. La primera lectura (Génesis 14, 18-20) relata el encuentro entre el patriarca Abraham y el rey y sacerdote *Melquisedec* (nombre que en hebreo significa *rey justo*, y cuyo reino, *Salem*, está relacionado lingüísticamente con la paz -*shalom*- y corresponde a la antigua ciudad de *Jerusalén*, que significa *lugar de paz*). Este personaje simbólico del Antiguo Testamento, que le ofrece a Abraham *pan y vino*, es para nosotros una prefiguración de nuestro Señor Jesucristo, quien en la última cena con sus discípulos la víspera de su pasión se ofreció a sí mismo como *mediador* de una nueva alianza entre Dios y la humanidad para hacer posible en la historia humana el reino de Dios, que es reino de *justicia y de paz*.

En la segunda lectura (1 Corintios 11, 23-26), el texto más antiguo que se conoce del relato de la institución de la Eucaristía, el apóstol san Pablo dice que cada vez que comemos del pan y bebemos del vino consagrados en memoria de Jesucristo, anunciamos su muerte redentora. En efecto, como *sacramento*, la Eucaristía es por excelencia el signo eficaz de la acción salvadora de Dios mediante su Palabra hecha carne, su Hijo Jesucristo, quien nos comunica su propia vida entregada y resucitada.

2. En la Eucaristía se hace realmente presente Jesucristo resucitado

La presencia de Cristo en la Eucaristía no es aparente, es real. Pero esta realidad no es la de un fenómeno material verificable por los sentidos, sino la de un misterio de orden espiritual, sólo captable por la fe. Esa presencia espiritual suya después de su muerte y resurrección, nos invita Jesús a reconocerla en las especies de pan y vino consagradas con el rito y las palabras que Él mismo, en la última cena antes de su pasión, les dijo a sus primeros discípulos que repitieran después en conmemoración suya.

En este sentido, el pan y el vino, en virtud de la consagración así realizada, se convierten para nosotros, gracias a la acción de su Espíritu Santo, en la presencia viva de Jesús. Él es, de esta manera, la Palabra de Dios hecha carne que nos alimenta no sólo con sus enseñanzas, sino con su propia vida entregada y resucitada que está siempre disponible para nosotros en lo que llamamos el *Santísimo Sacramento*. Tal es el sentido de las hostias consagradas que se guardan en el sagrario para nuestra adoración, y para la comunión de quienes por enfermedad u otra razón no pueden participar presencialmente en la celebración eucarística.

3. Celebrar la Eucaristía es expresar que queremos ser una verdadera comunidad

El Evangelio según san Lucas nos trae hoy el relato del milagro de la multiplicación de los panes y peces, realizado por Jesús cerca de la ciudad de Cafarnaum, a orillas del lago de Galilea. Este relato contiene una referencia muy significativa a lo que debe ser para nosotros el sacramento de la Eucaristía: el signo de que queremos ser una verdadera comunidad, en la que se parte el pan para compartirlo y así alimentarnos todos de la presencia y la vida de Jesús, que es la presencia y la vida misma de Dios, un Dios que es Amor.

En efecto, el mensaje central del relato de la multiplicación de los panes y peces consiste en que, donde hay una disposición generosa a compartir lo que se tiene, aunque haya poco alcanza para todos y hasta sobra. En cambio, donde las personas no quieren hacer partícipes a otros de lo que tienen, sino que se encierran en su egoísmo individualista, aunque haya muchos recursos sólo los disfrutan unos pocos, mientras la mayoría padece hambre y miseria. Esto último es lo que sucede en donde reina la ley del más fuerte y del “sálvese quien pueda”, opuesta diametralmente al Reino de Dios.

Al celebrar hoy la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo, démosle gracias al Señor por su presencia real entre nosotros en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y dispongámonos, con la ayuda de su gracia, a realizar en nuestra vida cotidiana lo que celebramos en este sacramento, para que, compartiendo con los necesitados los bienes materiales y espirituales, se realice cada vez más entre nosotros la presencia de Dios que es Amor, y seamos una verdadera comunidad. Sólo así daremos un testimonio eficaz de la fe que proclamamos.-